

ALFAGUARA INFANTIL

Amigos del alma

Elvira Lindo

Ilustraciones de Emilio Urberuaga





No puede haber dos amigos mejores que Lulai y Arturo, van juntos a la escuela, se sientan juntos, juegan juntos en el patio y a los dos les entran juntos ganas de hacer pis. Tan amigos son que un día decidieron casarse. Les casó Adrián Carro, que dijo que sabía casar, porque su padre era concejal y ya había casado a un montón de gente. Y sí que es verdad que Adrián Carro sabía casar

porque lo hizo mejor que cualquier cura y cualquier alcalde, con unas frases tan bien dichas que parecía que se había pasado la vida casando a la gente.

—Arturo, ¿quieres a Lulai por siempre y por jamás en el calor y en el frío, en enero y en agosto y hasta que después de la Resurrección?

Y los invitados que eran Pedrito Gómez, Carbajo y Paula exclamaron impresionados:

—¡Ooohhhhhh!

Era un ¡Oh! de admiración, como diciendo: «¡Qué bien habla este cura!».

Y Arturo contestó:

—Sí, sí, pero ¿le puedo dar ya el beso a la novia, que tengo mucha prisa?

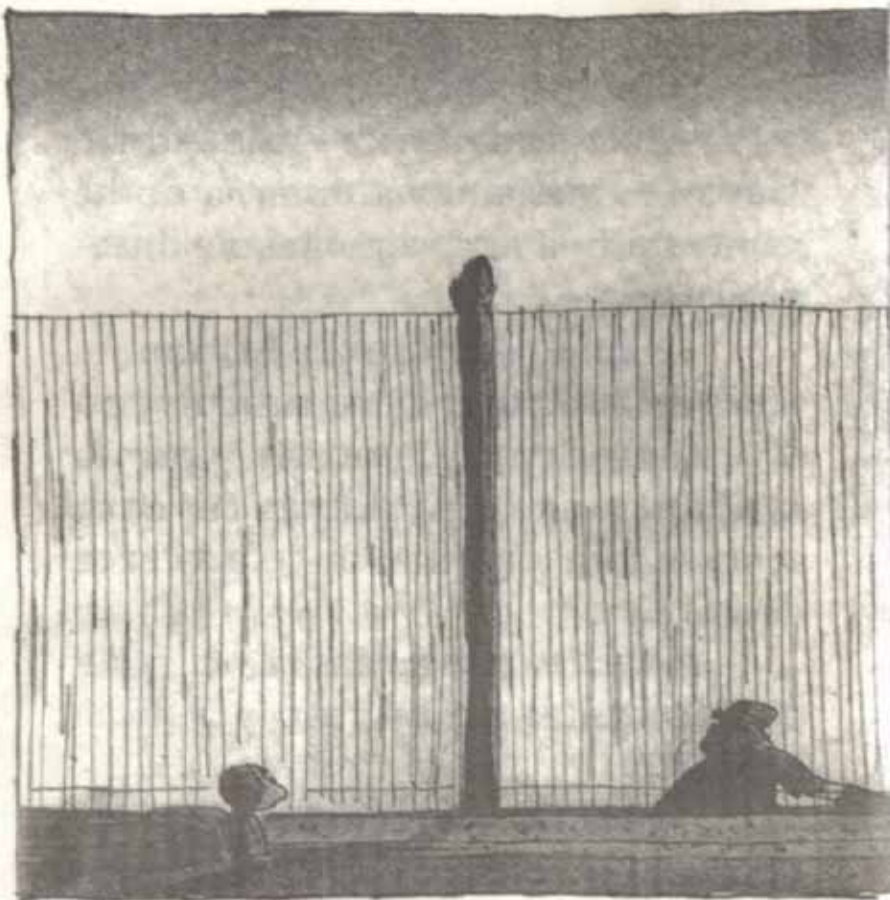
—No, todavía no —dijo Adrián Carro—, que la novia todavía no ha contestado a las preguntas del interrogatorio.

—Lulai —empezó Adrián—, ¿quieres a Arturo para casarte con él y quererle por la noche y por la mañana una hora detrás de otra aunque haya días que no te apetezca ni una pizca?

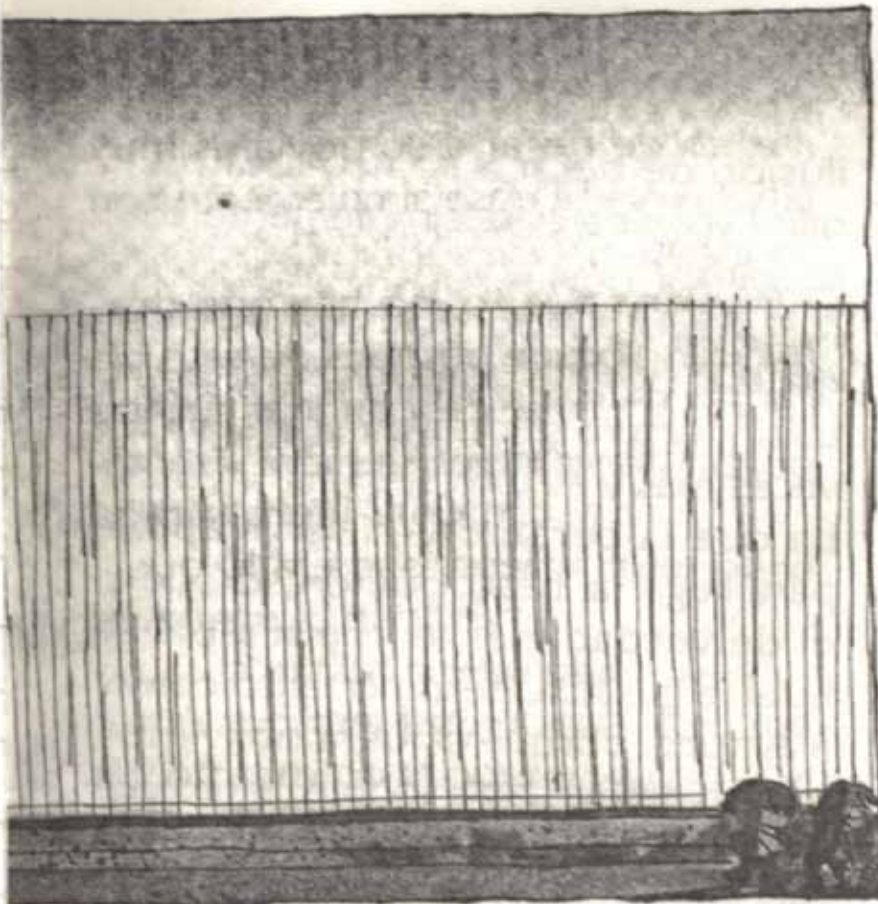
Ante tal pregunta, la novia se quedó dudando un rato y al final contestó:

—Bueno, pero estaré casada un día sí y un día no, porque si no me aburro.

Y los invitados a la boda, que dieron esta respuesta por buena, no dejaron ni que Adrián Carro diera su bendición a los novios, antes de



que dijera aquello de: «Yo los declaro marido y mujer», tiraron cada uno un puñado de tierra en las cabezas de los novios, y entonces sonó



el timbre y corrieron todos hacia la clase, todos menos el novio, que fue muy despacio y muy desilusionado, porque cuando uno se hace la

ilusión de besar a su novia es muy difícil volver a clase simplemente con las ganas.

Pero bueno, no hay que dramatizar, porque después de este día Lulai y Arturo se casaron unas cuantas veces más y Arturo siempre intentaba que la ceremonia fuera rápida para llegar al beso, que era lo que a él de verdad más le importaba. A Lulai le gustaba, pero no tanto como a Arturo, porque si fuera por Arturo hubieran estado todo el santo día dándose besos y abrazos. Hasta la señorita Amparo tenía que intervenir algunas veces porque, por ejemplo, había veces que Lulai estaba intentando hacer su trabajo de plástica, colorear los patos sin salirse de las líneas, y de pronto, como si fuera un

huracán y sin venir a cuento, Arturo le daba un abrazo y le agarraba la cara con las manos para darle varios besos.

—Arturo, Arturo, déjala que trabaje, no seas pesado.

—Si es que nos hemos casado en el recreo.

—Me parece muy bien, pero no la atosigues.

—Un rato sí y un rato no —decía Lulai mientras pintaba—, yo me caso un rato sí y un rato no.

Arturo sufría un poco cuando Lulai decía esas cosas, pero luego se le pasaba, cuando salían de la escuela y Lulai se despedía diciéndole: «Eres mi gran amigo». Arturo quería entonces darle un beso antes de que Lulai se marchara de la mano de

su madre, pero ella a lo mejor le decía ahora no, mañana en el patio. No es que Lulai quisiera hacerle sufrir; es que, sencillamente, no le gustaban tanto los besos como a su amigo del alma.

Pero, desde luego, no había en toda la clase, en toda la escuela, mejores amigos que la niña Lulai y el niño Arturo. Arturo estaba perdidamente enamorado de ella, escribía su nombre en todas partes, en los rincones de la habitación donde no pudiera verlo su madre, y en su brazo y en la barriga y en la escalera de su casa. A Lulai le gustaba dejarse querer.

Pero un día el niño Arturo sufrió más que nunca, porque Lulai se había cansado de casarse siempre con el mismo novio y dijo:

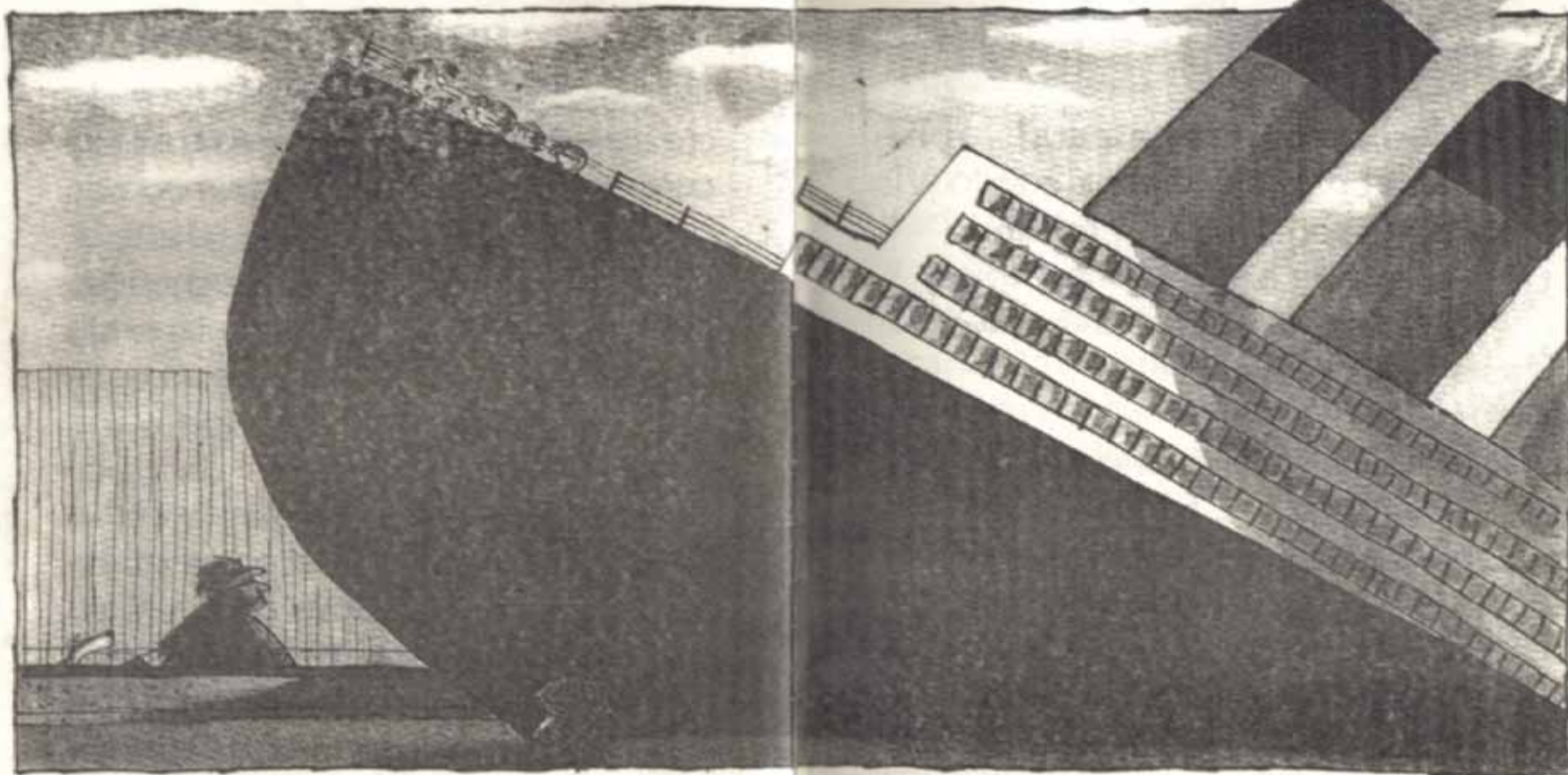
—Ahora que haga Arturo de cura y yo me caso con Adrián, o con otro, me da igual.

A Arturo le costó mucho que no se le llenaran los ojos de lágrimas y dijo tragando saliva que tenía en la garganta:

—No quiero hacer de cura, prefiero hacer de invitado.

Así que fue a Carbajo a quien le tocó casar a la nueva pareja. Carbajo no quiso hacer de cura, él dijo que era el capitán del *Titanic* y que tenía que casarlos antes de que se hundiera el barco y se murieran todos, porque según Carbajo es infinitamente mejor casarse antes de morir.

—¿Por qué? —dijeron a coro los invitados.



—Porque después de morirte ya no te puedes casar.

—Aaaaahhhh —dijeron los invitados, asombrados por la sabiduría del capitán Carbajo.

Entre las muchas virtudes del capitán Carbajo no estaba el don de la palabra, así que la ceremonia fue bastante rápida. Más o menos así:

—¿La quieres a ésta? —preguntó el capitán Carbajo al novio mientras señalaba con un dedo a la novia.

—Está bien —dijo el novio.

—Está bien, no; tienes que decir «sí» o «no».

—Sí.

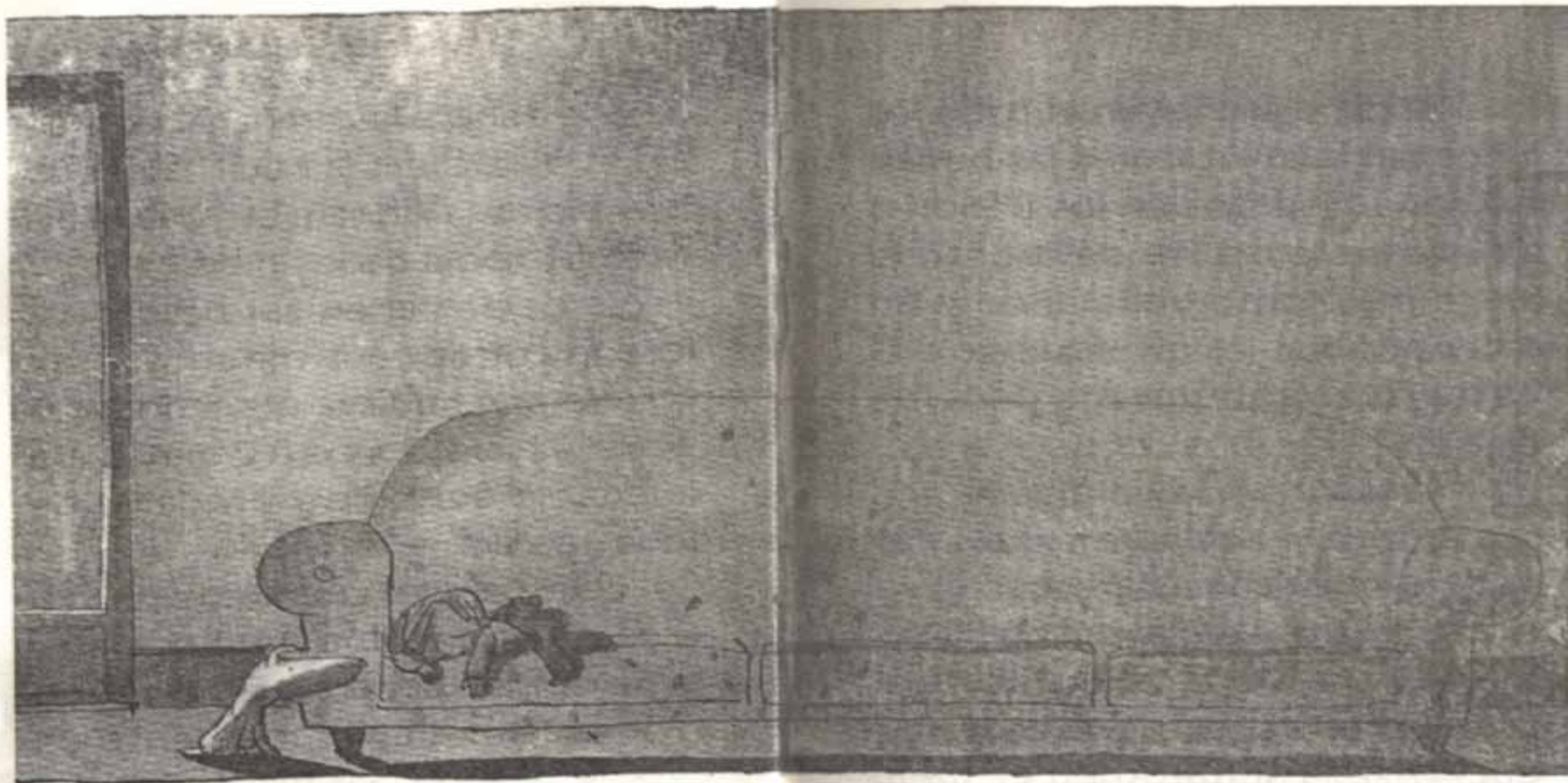
—Pos ya está, uno listo. Ahora, tú —el capitán Carbajo preguntaba ahora a Lulai—. ¿Quieres a éste?

—Bueno —dijo la novia, con un tono que parecía que estaba diciendo: «Si no hay más remedio».

La novia no estaba loca de amor, pero el caso es que dijo que «Bueno», y mientras los invitados tiraban la tradicional tierra sobre las cabezas de los novios, Arturo se fue solo y lloroso a la clase mucho antes

de que sonara la campana, porque ésa es, otra, como la boda había sido muy rápida, a Adrián Carro le había dado tiempo a darle un beso a Lulai y sólo de pensar en ese beso a Arturo le entraba una melancolía tan grande que hubiera deseado estar ya en su habitación, en su cama, para quedarse dormido y olvidarse de todo aquello.

Lulai se dio cuenta de que su gran amigo estaba medio triste, medio enfadado, porque no la interrumpió en ningún momento en clase para darle los abrazos de todos los días. Tampoco quiso estar de pareja con ella cuando hicieron el puzzle del cuerpo humano ni quiso ser su pareja en las adivinanzas. Lulai se cansó de que su amigo no le



hablara, y pensó algo así como:
«Bueno, ¿no me hablas? Y a mí qué
me importa». ¿No has visto nunca a
un niño deprimido? Ése era el pe-

queño Arturo cuando llegó a casa y
sin decir nada ni quitarse la mochila
de la espalda se quedó dormido en
el sofá y luego no quiso casi ni cenar.

Al día siguiente en el patio los niños también jugaron a las bodas. Así son los juegos en los patios, a alguien se le ocurre de pronto el juego más tonto del mundo y sin saber por qué los niños juegan a él hasta que un buen día deciden dejarlo.

Arturo sabía que el juego de las bodas era bastante tonto, y lo peor es que se le había ocurrido a él sólo para poder casarse con Lulai. En qué hora habría tenido semejante ocurrencia, porque ahora se encontraba sentado en el suelo haciendo dibujos absurdos con un palo en la tierra y mirando de reojo y con rencor a los otros niños que se preparaban para la ceremonia. Hoy volvía a ser Adrián Carro el

cura porque Carbajo no había tenido ningún éxito. Los invitados, los de siempre, Paula, Jatima, Olivia y cinco más que se habían apuntado de pronto. La novia, la de siempre, Lulai, porque se había pedido ser la novia por un mes, y el novio, Pedrito Gómez.

Lo que más le dolía a Arturo es que el novio fuera Pedrito Gómez, porque Pedrito Gómez era de ese tipo de niños que le gustan a todas las madres del mundo. Incluso la suya le decía a veces:

—¿Y por qué no invitas una tarde a Pedrito Gómez que es un niño tan simpático?

A Pedrito Gómez lo quería todo el mundo. Lo querían las madres, lo quería la señorita Amparo,

lo quería Lulai, y lo que era peor, incluso lo quería él, aunque le diera cien patadas quería a Pedrito Gómez, porque era bueno, dejaba los lápices siempre y las bromas que hacía tenían siempre bastante gracia. Tienen que ponerse en el lugar de Arturo: Pedrito Gómez el estupendo, se iba a casar con Lulai. Era terrible.

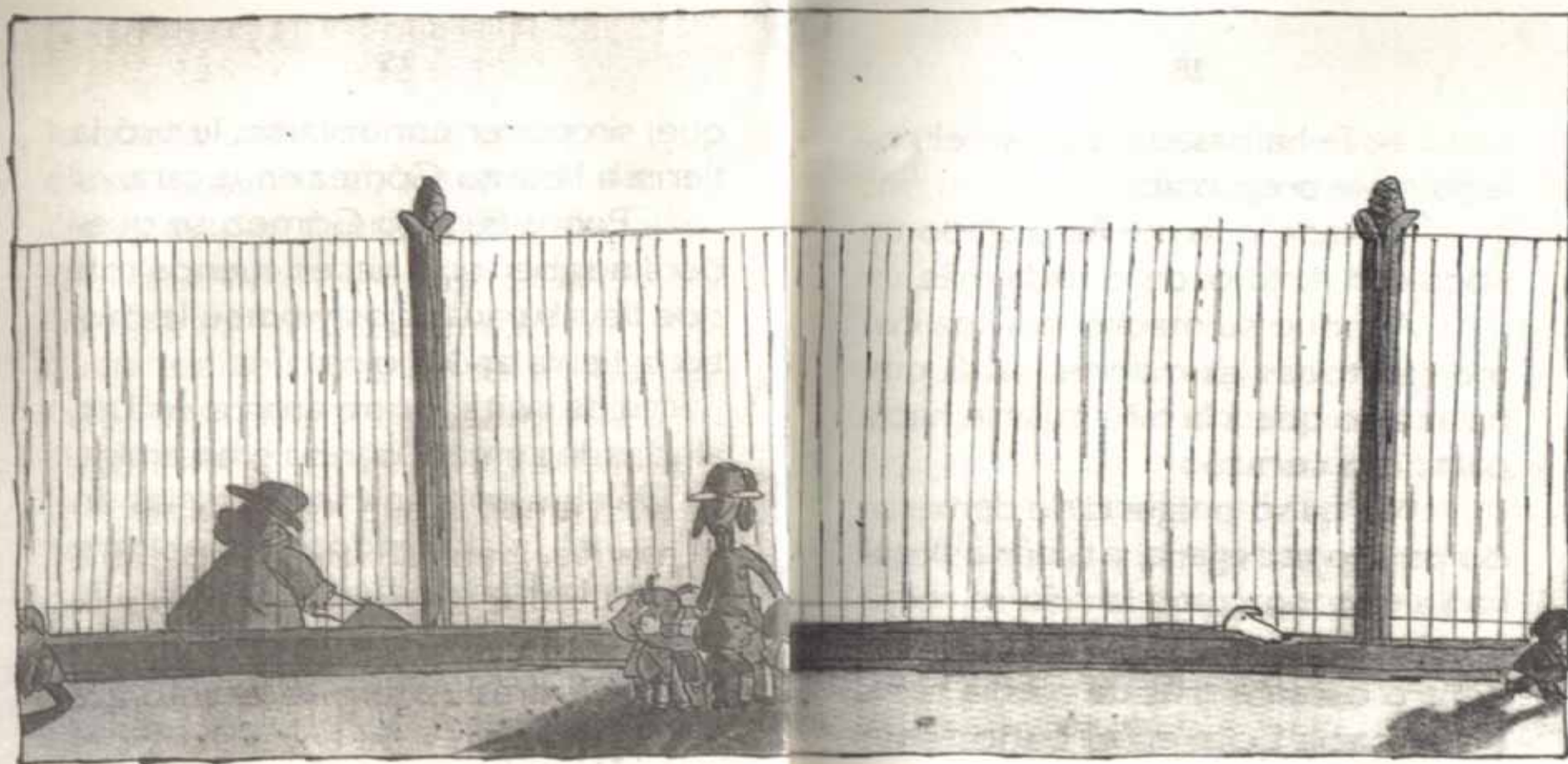
Arturo siguió sentado en el suelo haciendo como que dibujaba en la tierra pero atento a la ceremonia.

El novio dijo que sí, la novia dijo que también, se dieron el beso de rigor, y entonces los invitados echaron la tierra sobre la espalda de los novios. Fue en ese momento cuando Arturo se levantó y sin saber por

qué, sin poder controlarse, le tiró la tierra a Pedrito Gómez en la cara.

Pobre Pedrito Gómez, se quedó sin saber qué hacer, menos mal que llevaba anteojos y no se le metió la tierra en los ojos.

Los invitados miraron a Arturo alucinados y fue Lulai, su gran amiga, su gran amor, la que tomó cartas en el asunto, y abriéndose paso entre los invitados fue hasta Arturo y le pegó un empujón tan grande que lo tiró para atrás. Arturo se levantó y la agarró del pelo y, así enganchados el uno al otro, con la furia que de pronto tienen los niños de seis años, empezaron a insultarse con esa rabia inaudita que a veces tenemos con las personas que más queremos, con nuestros mejores amigos.



Los otros niños avisaron a la señorita Amparo, y ella llegó, los separó y los tuvo separados hasta que las clases acabaron.

Ahora era Lulai la que se había quedado muy seria. Hacía mucho tiempo que su madre no la veía tan seria.

—¿Te ha pasado algo en el colegio? —le preguntaba.

—Nada, que me he pegado un poco con Arturo, pero nada más.

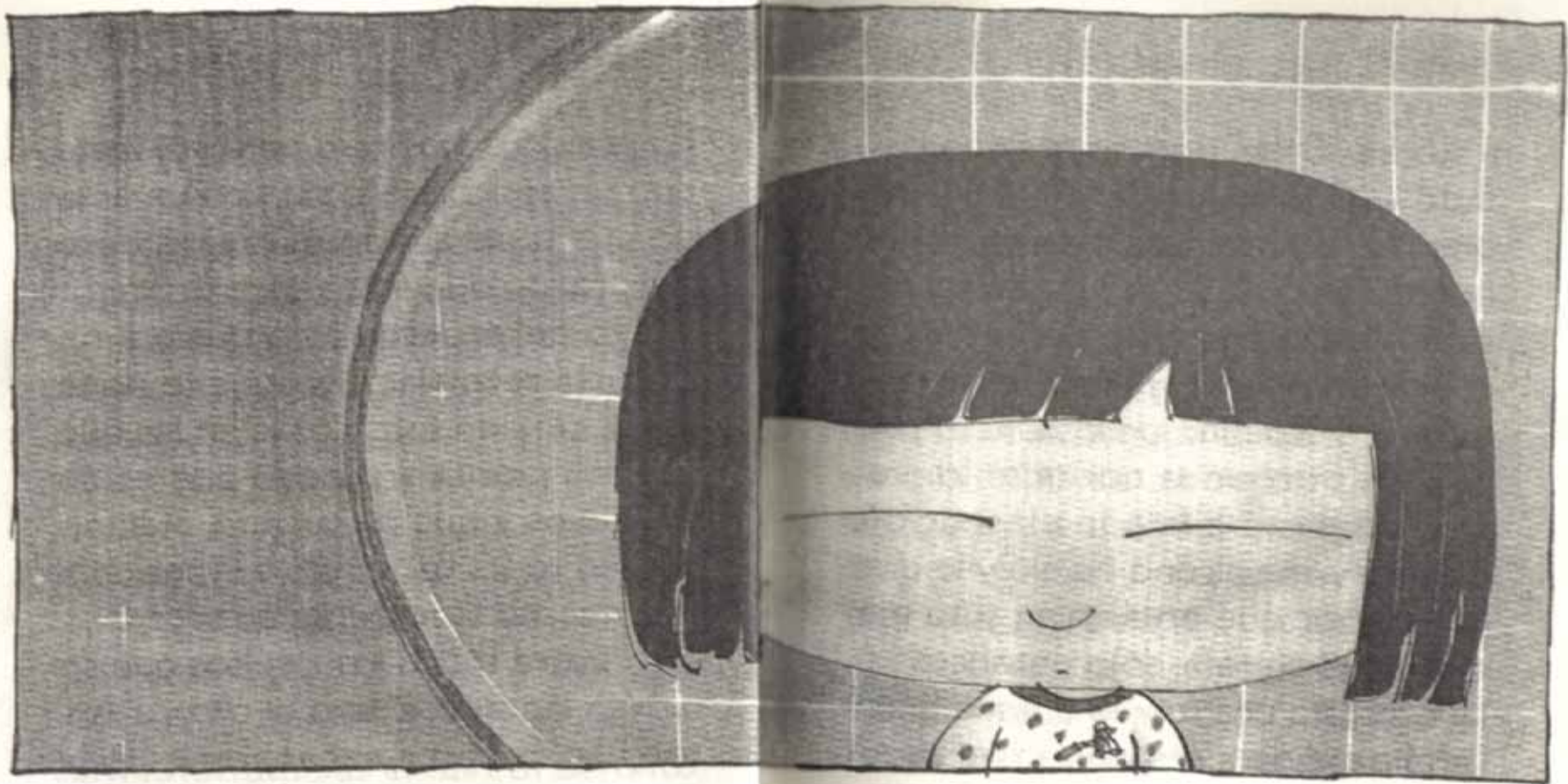
Aunque su madre, adivina como casi todas las madres, sabía que había algo que a la niña Lulai le había partido el corazón.

No quiso preguntarle demasiado por no atosigarla y cuando llegaron a casa vio cómo la niña se metía en el cuarto de baño y se quedaba dentro durante más de media hora. ¿Qué hacía Lulai en el baño tanto tiempo?

Había colocado un piso delante del espejo y se había subido para verse bien. Pero eso no le bastaba, quería verse la cara cerca, muy cerca, y se metió ahora dentro del

lavatorio. Es muy raro pelearse tanto con un amigo, pero no con un amigo cualquiera, con el mejor. Pero más raro todavía es que tu mejor amigo te recuerde algo que a ti no te gusta recordar, algo que te pone triste, una de esas cosas en las que uno no piensa y parece que están muy lejos y que de pronto, cuando alguien te las recuerda, te vuelven a doler como si acabaran de suceder.

Entre todos los insultos que se habían lanzado el uno al otro, a Arturo se le había escapado el más feo de todos los insultos del mundo. Después de que Lulai le dijera que ya no iba a ser su novia nunca más, Arturo le dijo a Lulai que por él como si se iba a China y no volvía nunca.



Lulai lo recuerda, se acerca un poco más al espejo y de sus ojillos pequeños e inclinados caen algunas lágrimas. Lulai casi nunca se acuerda de China. Ni tan siquiera la muñeca

que tiene en su cuarto, una muñeca que mamá le regaló y que va vestida con un kimono, le hace pensar en China. Tampoco se acuerda muy bien del día en que llegó a esta casa,

a su casa. Sabe, porque se lo ha contado su madre, y también su padre, que no salió de la barriga de mamá, como todos los niños de su clase, sabe que no estuvo aquí desde el primer momento, pero nunca habla de eso, y los niños nunca se lo preguntan porque la conocen desde que empezó a ir a la clase. Sólo cuando viene alguno nuevo y le dice: «¿Y tú por qué eres china si tu madre no es china?», sólo entonces Lulai contesta una respuesta que le enseñó papá para estos casos: «Porque mis padres hicieron un viaje muy largo hasta allí para buscarme».

Hace tiempo que los recuerdos más antiguos de su pequeña vida no volvían a su cabeza, pero ahora, sin poder evitarlo, se acuerda del

primer día en que vio a sus padres. Le parecieron raros, casi de otro planeta: con las narices muy grandes, con los ojos saltones. Nunca había visto una mujer con el pelo de otro color que no fuera negro, así que el pelo de color claro de mamá le pareció horrible, y también le pareció horrible aquel hombre que tenía pelos en la cara. Se acuerda ahora, como si todo volviera a pasar y ella no pudiera borrarlo de la mente, de que lloró mucho, de que gritó, lloró todo el rato durante aquel viaje tan largo con aquellos seres extraños que le hablaban aunque ella no entendiera nada de lo que le decían, y que la besaban aunque ella se tapara la cara.



Llegó a esta ciudad en la que todo el mundo era tan raro como sus padres, todo el mundo por la calle con sus narices enormes, con sus pelos de colores, con los ojos



enormes que daban miedo. ¿Cuándo dejó de sentir ese miedo?

Han pasado tres años desde entonces, pero Lulai ha perdido la cuenta, porque hace mucho tiempo

que su madre le parece la madre más linda del mundo. No es porque lo piense ella, es que es así, es la más linda. Lulai se mira al espejo y abre mucho los ojos.

Le gustaría tenerlos grandes, le gustaría tenerlos rectos, le gustaría parecerse a ella. Ahora es Lulai la que se siente rara en medio de todo el mundo.

La madre de Lulai llama a la puerta:

—¿Qué haces, cariño?

—Nada, ahora salgo.

—¿Te pasa algo?

—Nooo —pero le sale un «no» bastante triste.

La madre de Lulai entra en el cuarto de baño y la ve allí, tan menuda, tan pequeña que casi podría

dormir como un gato acurrucada en el lavatorio.

—¿Qué le pasa a mi niña?

Y sin esperar una respuesta, la mamá toma en brazos a la niña y la lleva al salón. La tiene abrazada durante un buen rato, sin decir nada, dándole besos en el pelo y a Lulai se le escapan algunas lágrimas silenciosas.

—Lulai Violeta —le dice la madre mientras la besa—. Qué suerte tener dos nombres, no todo el mundo puede presumir de tener dos nombres, ¿Tú cuál prefieres?

—Violeta —contesta la niña muy bajito.

—Pero cuando te llamo Violeta no respondes.

—Porque se me olvida. Lulai no me gusta.

—A mí sí. A mí me gusta que tengas tu nombre antiguo y tu nombre nuevo.

Casi todas las madres son adivinas, está claro, porque Lulai empieza a sospechar que mamá se ha dado cuenta de cuál es el motivo de tanta tristeza.

—¿Alguien te insultó en la escuela, alguien te ha dicho algo que no te ha gustado?

—Sí, pero no me importa.

—¿Qué te dijo?

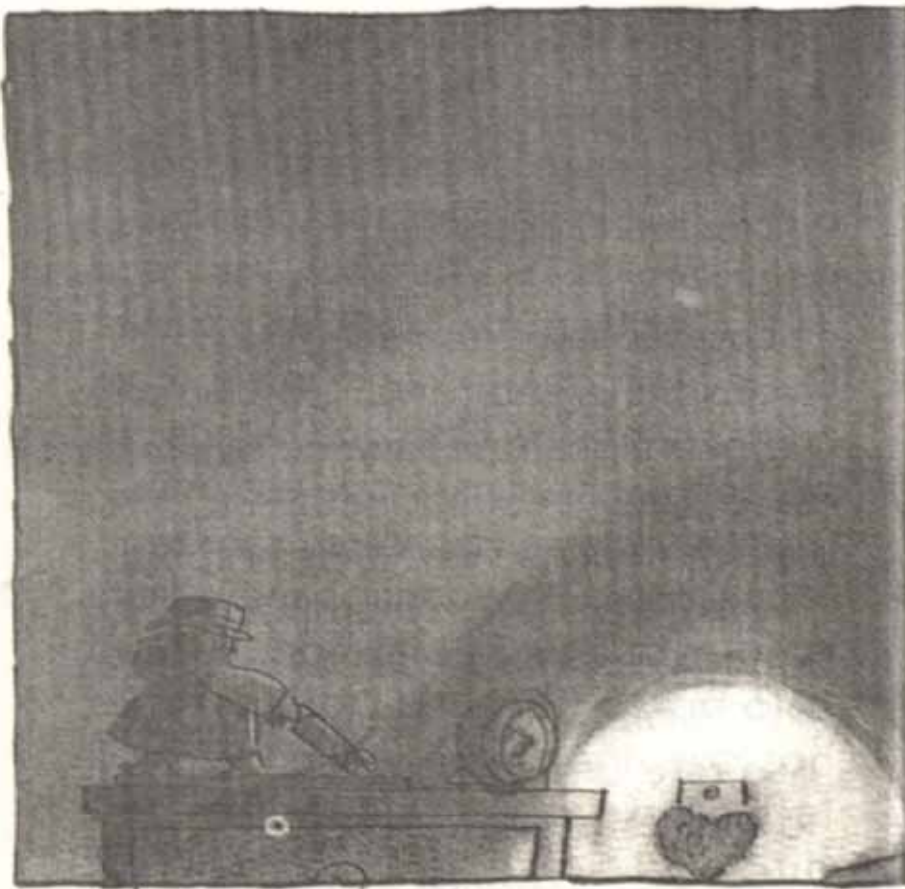
—No me acuerdo.

—Bueno, si alguna vez te acuerdas, me lo dices.

El padre de Lulai llega a las nueve, como todas las noches. Mientras ella está bañándose sus padres hablan mientras preparan la cena. No

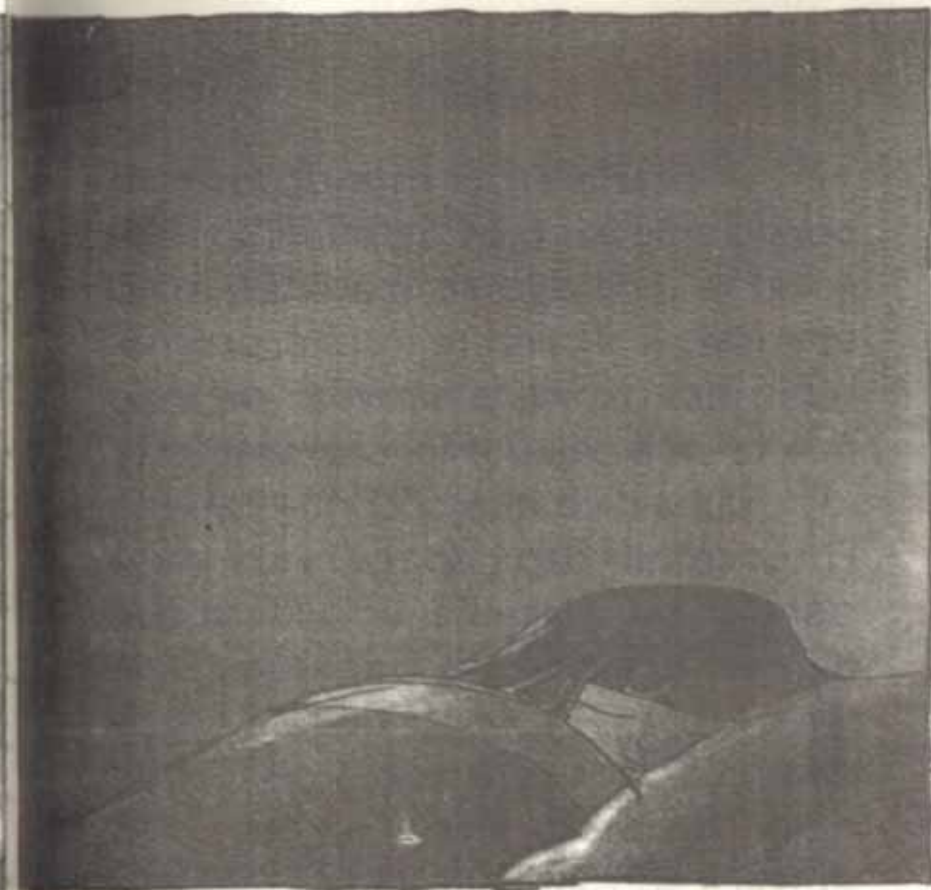
sabe de lo que hablan, pero le gusta oírlos de fondo. Después vendrá el momento de las vitaminas, y aunque a Lulai no le gustan nada las pastillas, se las tiene que tomar porque si no, no habrá postre. Ella sigue callada, sin saber qué hacer para que ese pensamiento triste se vaya de su cabeza.

Después de cenar papá la lleva en brazos a la habitación, con un solo brazo porque Lulai pesa menos que una pluma. Allí en la cama le cuenta el cuento de los tres cerditos, y le dice: «Hasta mañana, corazón». Todas las noches Lulai corrige a su padre porque su padre nunca se acuerda del cuento a la perfección, como a ella le gusta que se cuenten los cuentos, sin cambiar ni una palabra, y todas las noches le



insiste para que le cuente otros dos más, pero esta noche la niña ni corrige ni pide más.

El padre de Lulai le da dos besos: uno en cada uno de sus ojos.



—Ya te he dicho muchas veces lo que más me gusta de esta carita tan linda, ¿te lo he dicho o no te lo he dicho?

Lulai dice que sí con la cabeza.

—Nada en el mundo es más bonito que los ojos de mi niña. Si alguien te dice algo alguna vez que no te guste, si alguien te insulta, prométeme que te vas a acordar de esto que te dice papá. ¿Me lo prometes?

Lulai dice que sí con la cabeza. Entonces su papá apaga la luz y enciende una pequeña ampolleta que hay en el enchufe para que a la niña no le dé miedo tanta oscuridad. Ella sabe que antes de que se haya quedado dormida del todo entrará su madre a darle el último beso del día.

Lulai siente ahora una extraña felicidad. Es extraña porque sigue un poco triste por todo lo que pasó en el patio, pero se le cierran los ojos oyendo a sus padres hablar en el

cuarto de al lado. No sabe de lo que hablan, pero sus voces parece que la acunan, que la ayudan a entrar en el sueño.

A la mañana siguiente se encuentra mucho más alegre. Toma las vitaminas, bebe el vaso de leche hasta el fondo y da un beso de despedida a todos sus muñecos antes de marcharse. Pero cuando empiezan a bajar las escaleras, piensa que Arturo no estará esperándola en el portal. Está bastante enfadada con él, pero la idea de ir todos los días sola con su madre al colegio no le gusta.

Cuando ve a Arturo y a su madre esperando en el banco de la calle, el corazón se le pone en la garganta. No sabe qué hacer, si pasar

de largo o decir «hola». Menos mal que no le da tiempo a decidirlo porque la madre de Arturo dice:

—Creo que Arturo tiene algo muy importante que decirte, Lulai.

Arturo mira al suelo muy serio.

—¿Qué querías decirle, Arturo?

—Que me tiene que perdonar —dice sin dejar de mirar al suelo.

—No —dice su madre—, que te tiene que perdonar, no, que le pides que te perdone.

—Eso —dice Arturo.

—Bueno, pues díselo.

—Que te tengo que decir que te pida... —se ha enredado con la frase—, no, que te pido que... me perdones.

—¿Y qué más?

—Que no te volveré a insultar más.

—Dile algo —dice la madre de Lulai—. ¿Le perdonas?

Lulai dice que sí con la cabeza mirando a cualquier sitio menos a los ojos de su amigo.

—Pero ella me empujó —dice Arturo.

—Pero fue sin darme cuenta —dice Lulai, mintiendo un poco.

—Ah, bueno —dice Arturo.

Y los dos niños echan a andar delante de sus madres. No se dicen nada, andan silenciosos mirando al suelo, rumiando cada uno la reconciliación, pero por dentro son tremendamente felices. Si alguien pudiera leerles el pensamiento y el corazón en estos momentos, sabría

que no puede haber dos amigos mejores que Lulai y Arturo.

